

## Camino a Moscú por la vía de Yeltsin

Viene de la página anterior

A su vuelta a Rusia, ocupa un puesto elevado en la administración de la alcaldía de San Petersburgo, convirtiéndose en la mano derecha del alcalde **Anatoli Aleksándrovich Sobchak** (de cuyo asesinato posterior se le acusaría). Llevó a cabo prácticas corruptas, aprovechando la necesidad de importar alimentos que teóricamente cambiaban por materias primas. Se convirtió así en un miembro más de la corrupta oligarquía que apoyaba el régimen.

En el golpe de estado de 1991 que infructuosamente pretendió dar el KGB y otros nostálgicos del régimen soviético contra **Mijail Gorbachov** y sus reformas, Putin, tras su alcalde, apoyaron al sucesor de aquel: **Boris Yeltsin**. Este pasó a ser elegido con el apoyo del oligarca **Boris Berezouski** (después su enemigo acérrimo) como miembro de la Familia, término con resonancias mafiosas con el que se conocía al grupo dirigente de Yeltsin. Eso le llevó a Moscú con un alto cargo del gobierno del dirigente ruso primero y después, en julio de 1998, fue nombrado jefe del servicio ruso de inteligencia interior (FSB), que sustituye al KGB.

Comenzaba así su carrera política, que le llevó a ocupar tres veces la máxima magistratura del Estado postsoviético. Un dato que hoy adquiere un gran significado es que en 2000, cuando tomó posesión como presidente de la Federación de Rusia, el segundo decreto de su gobierno estableció una nueva doctrina nuclear cuyo contenido hace hincapié en el derecho de usar armas nucleares contra sus agresores “si se han agotado otros medios de solucionar conflictos o aquellos se consideran ineficaces”.

El periodista alemán **Hubert Seipel**, autor de numerosas entrevistas y un famoso documental sobre el mandatario ruso, ha publicado una biografía más reciente titulada “**Putin. El poder visto desde dentro**”, publicada en España en 2015 por Editorial Almuzara. Su visión es positiva, equilibrada, pero sospechosamente laudatoria y justificadora de la persona y la obra.

Seipel presenta a Putin como un estadista moderado, prudente, que trata de construir, tras el estrepitoso fracaso económico y social del sistema soviético, un régimen democrático dentro de la idiosincrasia rusa, para lo que defiende un nacionalismo que exprese la identidad histórica rusa, incluyendo la alianza con la Iglesia ortodoxa rusa y su protección. En política exterior, Putin ha protestado y se ha opuesto al arrinconamiento al que Occidente y Estados Unidos, a través de la OTAN y la Unión Europea, han tratado de llevar a la Rusia actual.

En este contexto ideológico debe de entenderse la reciente invasión militar de Ucrania por Rusia, pero sin que haya fundamento ninguno ni pueda justificarse y menos *manu militari* la negación del derecho a constituirse y ser independiente una nación que así lo ha decidido democráticamente.



**El hombre sin rostro. El sorprendente ascenso de Vladimir Putin**

Masha Gessen  
Editorial Debate



**Putin. El poder visto desde dentro**

Hubert Seipel

Editorial Almuzara  
301 páginas  
22 euros

# L LIBROS

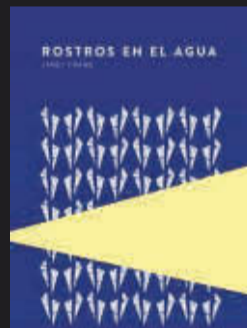
## La casa de la electricidad

“Rostros en el agua”, el relato de desamparo de la joven Janet Frame en pabellones de mujeres desquiciadas, por momentos es insoportable y, a la vez, consolador

Ricardo Menéndez Salmón

En su extensa autobiografía, “Un ángel en mi mesa”, **Janet Frame** ofició de intérprete de sus temores y anhelos, de su más secreta tarea: «La más antigua forma de ilusión consiste en apaciguar el presente aferrándose a un acontecimiento del futuro». La escritora neozelandesa, que pasó parte de su vida, sobre todo entre los veinte y los treinta años, entrando y saliendo de instituciones para «enfermos mentales», conoció en primera persona el precio que debe pagar quien ha sido excluido de la «normalidad», de la «salud» y de la «cordura». El uso (y abuso) de las comillas no es otra cosa que un humilde intento por parte de este lector de evidenciar lo que tan a menudo se ha dicho, y que quizá **Dostoievski** expresó con mayor rotundidad que nadie. Que no es encerrando al prójimo como uno alcanza a convencerse de su propia sensatez.

Si el arco experiencial de “Un ángel en mi mesa” deja atrás a la joven esquizofrénica, salvada gracias a la literatura de una lobotomía ya programada y de su seguro destino en el recinto de los idiotas tranquilos, para prolongarse en el tiempo y desplegar las galas de la existencia de una artista que gozó de reconocimiento, de felicidad y de prestigio, “Rostros en el agua” recupera aquel tiempo de inocencia y desamparo durante el que una joven Janet Frame deambula por pabellones donde mujeres desquiciadas muestran con orgullo sus excrementos, locas solemnes hablan de sí mismas en tercera persona y sádicas enfermeras empujan a sus pupilas a repetidas jornadas de iniquidad. “Rostros en el agua” es, en efecto, el testimonio por momentos insoportable y a la vez consolador de una mujer que lucha por encontrar en un presente árido, oscuro y temible una razón desde la que proyectarse hacia el porvenir.



**Rostros en el agua**

Janet Frame

Traducción  
Patricia Antón  
Editorial Trotalibros, 312 páginas

## Tituba, la insumisa

Maryse Condé dedica su cuarta novela a una esclava negra juzgada por brujería en Salem

Fernando Menéndez

Si eres una esclava, tus posibilidades de mejora se reducen a un posible cambio de dueño. Así, expresado de forma llana y escueta, podríamos describir los motivos de “Yo, Tituba, la bruja negra de Salem”, la nueva novela de **Maryse Condé**, publicada por Impedimenta y traducida otra vez brillantemente por **Martha Asunción Alonzo**.

Sí, **Tituba** fue una esclava negra juzgada por brujería en los conocidos procesos de Salem cuya vida e intimidad reconstruye Condé desde la ficción, demostrando una vez más cómo la literatura llega a lugares inaccesibles para la historia. En este caso no se trata de poner en juego la realidad sino una verosimilitud que se abre paso a través de las

dimensiones éticas y reivindicativas de situaciones injustas y extremas. Y pocas circunstancias más extremas que la vida de una esclava cuyo nacimiento ya se da marcado por la desgracia. “Yo, Tituba, la bruja negra de Salem”, se plantea como unas memorias escritas en primera persona y bifurcadas en la condición de protagonista y narradora.

Tituba recibirá el don sobrenatural de hablar con los fallecidos y el de la sanación por métodos furtivos; sus creencias: animistas, espontáneas y poco sistemáticas contrastarán con el poder sistematizado y reglado de la fe cristiana. Estamos en el siglo XVII y en Tituba se libra la desgraciada batalla entre un cuerpo esclavizado y un espíritu libre.

Para los lectores de la autora de “Corazón que ríe, corazón que llora”, este li-

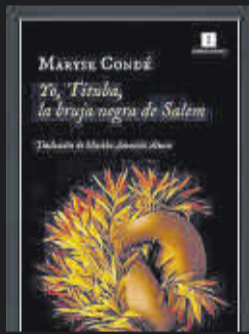


Janet Frame.

En ese presente angustiado, la electricidad es el destino. Janet despierta cada mañana con la promesa del electroshock en su horizonte, un país apaciguador pero feroz del que se regresa con la docilidad mineral de las iguanas. Y si la electricidad no cumple su cometido, siempre habrá ocasión para una forma más eficaz y dramática de la carnicería: «Cuando abra los ojos tendré un vendaje en la cabeza y una cicatriz en cada sien, o una curva, como un halo, a lo largo de la coronilla, donde los ladrones, con guantes y con permiso y con delicadeza, han entrado y saqueado con educación el almacén y se han mar-

chado con calma y sin vergüenza alguna, como lectores de contadores».

Por fortuna, fue la escritura, la gran ladrona de recuerdos y de experiencias, la mejor lectora de contadores que la humanidad ha forjado, la instancia que evitó que los custodios de la cordura abrieran el cráneo de Janet para extirpar de él ese impulso demoníaco que ninguna cirugía puede abolir, y que quizá sólo sea otro nombre para ese sufrimiento y para esa alegría, tan inseparables, en los que consiste estar vivo, y que este libro memorable apresura con formidable vehemencia.



### Yo, Tituba, la bruja negra de Salem

Maryse Condé

Traducción de Martha Asunción Alonso  
Ed. Impedimenta.  
304 pgs., 22,60 euros

bro supone una nueva modulación de las consecuencias (la mayoría negativas) que ha supuesto a lo largo del tiempo ser mujer y ser negra. Condé ha encontrado en la vocación, diría que innata, de la contadora de historias, el camino para desgranar el rosario de abusos que significa nacer bajo según qué condiciones.

No hay aquí, en absoluto, una cultura de la queja ni un afán de falsa reescritura; estamos, por el contrario, en una puesta al día de puntos de vista; apelando a la posibilidad que ofrece una novela de entonar aquellas voces que no han sido oídas pero sin descuidar el magnetismo intrínseco de la buena narración. Condé vuelve a recurrir a un estilo coloquial y a un tono de oralidad para dar color a una voz que, desde su ámbito particular, se vuelve universal.

Es importante aquí subrayar la capacidad globalizadora de la escritura. Su poder para reflejar el pasado en el presente y en el futuro. Muchos de los asuntos que se dirimen en «Yo, Tituba, la bruja negra de Salem» están hoy en día en plena revisión y deba-

te: por ejemplo el uso histórico de la brujería para estigmatizar a la mujer que se saliera de la rígida norma del entramado religioso / patriarcal o la forzada sumisión de las personas negras dispuestas a comportarse como espera la mayoría blanca que se comporte si quieren sobrevivir.

En ese sentido, el testimonio de Tituba, aunque sea forjado desde la ficción, es un testimonio tan de insubmisión como el ejemplo real de Muhammad Ali cuando se negó a ir a la Guerra del Vietnam. Sin embargo no estamos, ni de lejos, ante la construcción de un personaje unívoco, la protagonista escogida por Condé es un personaje lleno de matices, que arrastra y soporta sus contradicciones a lo largo del libro. Una candidata, Tituba, a simbolizar ciertas actitudes. Por ejemplo: la resistencia a ser un chivo expiatorio de la sociedad.

Se trata, al fin y al cabo, de vivir para responder de forma satisfactoria a preguntas como la que se plantea en un momento de la novela: «¿Dónde nos apoyaremos cuando nos peñemos canas en este país sin verano?».

# M MÚSICA

## Realidad y ficción

De cómo la mayoría de las argucias comerciales en torno a la música clásica se caen por ineficaces

Cosme Marina

El debate abierto hace dos o tres décadas sobre la renovación del público en la música clásica llevó, de forma proactiva, a buscar nuevas fórmulas de mercadotecnia para conseguir nuevos espectadores al sector.

La tentación inmediata fue copiar las herramientas del mundo del pop. Las entonces poderosas casas discográficas se lanzaron a la caza de nuevos talentos, jóvenes y glamurosos, con el fin de atrapar a las masas. A los dos años de lanzadas al ruedo esas jóvenes promesas ya estaban amortizadas para el mercado y se fabricaba una nueva remesa de juventud e inexperiencia. Esto llevó a fracasos tremendos porque los circuitos de élite son de una exigencia artística total y se necesita madurez y una fortaleza de hierro que sólo llega con una planificación bien pautada. En un proceso casi de selección natural pocos quedaron de aquellas primeras hornadas de candidatos a superdivos internacionales. El repertorio clásico requiere cauces particulares, tiempo y estudio profundo de las obras. De poco sirve un artista muy llamativo si naufraga ante la interpretación de las grandes obras que es lo que el público espera en un nivel de excelencia.

A continuación, se buscó fabricar un «relato» en torno a los músicos y también se fracasó porque, al final, el único relato que de verdad funciona

es el de la calidad interpretativa. Para eso sólo existe una fórmula que lleva siendo así durante siglos: trabajo y talento. La construcción artificiosa de carreras, la instauración de iniciativas basadas únicamente en la imagen al final descarrila siempre porque de la mediocridad interpretativa no sale nada. Si detrás no hay un sustrato muy firme todo se desmorona como un castillo de naipes.

Las fórmulas ensayadas y fracasadas dejan una lección nítida que se observa en países como Alemania en los que se ha entendido el problema desde una perspectiva global. La música, como cualquiera de las otras bellas artes, no se improvisa y no se puede dejar al azar del mercado. Se requiere un trabajo educativo desde los centros escolares, continuo y de calidad. Además, se debe facilitar el acceso a los espectáculos con precios razonables y que las infraestructuras estén bien dotadas técnica y presupuestariamente para aspirar siempre a umbrales de calidad altos. Por eso, hoy Alemania es

En países como el nuestro se dilapida dinero público en fórmulas fallidas de mucho postureo y magros resultados

De Europa, Alemania es la que mejor afronta la asistencia a los conciertos gracias a sus políticas de educación

uno de los países europeos en los que mejor se está afrontando una renovación de las asistencias a los conciertos. En países como el nuestro está casi todo por hacer y se sigue dilapidando dinero público en fórmulas totalmente fallidas y que, lejos de servir de motor para la generación de audiencias, acaban siendo contraproducentes porque su diseño está alejado de la realidad sociológica con la que hay que trabajar. Mucho escaparate, mucha red social, mucho postureo para al final obtener resultados magros, siendo benevolentes en el diagnóstico. En vez de impulsar procesos educativo-culturales de largo alcance, se va a lo inmediato que, en el mundo de la música clásica, ejerce un efecto pernicioso y totalmente fuera de lugar.

Tardaremos mucho tiempo en revertir esta situación porque ahora se ven con toda crudeza en los centros de decisión el desastre de un sistema educativo que esquinó las enseñanzas artísticas y, dentro de ellas, dejó a la música como la última de sus prioridades. Entre el relato virtual y la realidad hay un abismo por el que se cuela el dinero de todos que debería estar enfocado en lo relevante y no en la frivolidad.